

Negociaciones desoladoras

MANUEL MONTERO

El relato de Eguiguren de las conversaciones de 2006-2007 suscita la idea de que estamos en la paz de ETA

El relato que publica Eguiguren sobre las negociaciones de 2006 y 2007 es desolador. Lamina la imagen de aquel proceso y de la política que siguió Zapatero. Además, sugiere serias dudas sobre la situación actual, tras declarar ETA el cese definitivo pero sin desaparecer.

No merece la pena detenerse en la obvia violación del Pacto Antiterrorista. Sin ser una cuestión menor –los pactos se firman para cumplirlos o no se firman– asombra más la mecánica de toda la negociación, basada en los contactos y percepciones de una sola persona. El aire mesiánico del «dejame solo, que líquido cuatro décadas de terror en un santiamén» provoca incredulidad. Por lo que cuenta –y no hay ninguna razón para dudar de su palabra– contactó, negoció, evaluó, cedió, pactó los términos del «diálogo» a su libre albedrío. Llevó todo el peso como si no tuviera nada detrás.

Se colige que el Gobierno no designó ninguna comisión o especialistas para seguir algo tan delicado como una negociación, establecer sus límites y la estrategia. Si el relato se ajusta a los hechos, nadie le daba directrices ni sopesaba resultados y alternativas. Nunca aplazó nada para consultar. ¿El propio negociador evaluaba la negociación? Departía –se supone– con el presidente del Gobierno y al parecer todo quedó a su criterio e intuición. El Estado quedó al albur de sus aciertos o fallos. Resulta increíble. Suena a república bananera, pero eso se infiere del relato.

También asombra el desarrollo de las conversaciones. Por lo que dice, con ETA todo consistió en negociar «una hoja de ruta» y en acusarse después por incumplimientos mutuos. El colofón resulta inverosímil. Habían quedado en resolver primero la negociación «técnica» con ETA y dejar para después la «negociación política».

Luego se simultanearon. No hubo una especie de «mesa de partidos» «en ausencia de violencia» sino bajo la presión terrorista. La otra parte tuvo que concluir que todo el monte es orégano.

Y no podría decirse que antes no hubo negociaciones políticas, pues a cambio de la tregua, ETA obtuvo la promesa de «un pacto de Estado que permita desarrollar la declaración del presidente», además del compromiso de que la Batasuna ilegalizada actuase como si fuera legal. Nada menos.

Parece imposible, también, el tenor de las negociaciones. Por lo que se cuenta, no se habló del fin de ETA, sino de la hoja de ruta y, en la otra mesa, de los cambios políticos que acordarían el PSE, PNV y Batasuna (reformas de calado en los Estatutos vasco y navarro). El sobresalto es doble:

ETA pudo pensar que estaba llevando a cabo una negociación de libro y que la presión ‘militar’ lograba concesiones profundas. Hasta pudo concluir que se había asumido su concepto de negociación –no hablar de su desaparición, sino de cambios po-

líticos– y que por tanto bastaba incrementar la presión ‘militar’ para mejorar el botín. Entra en la lógica militarista. Que lo hablado estaba ya en el bote y un atentado sumaría.

El segundo provoca aún mayor desazón. Si se hubiese llegado a un acuerdo PSE-PNV-Batasuna, que impidió ETA pero que se estaba ya cocinando –en unos términos que suscitan incredulidad, por la aceptación socialista de principios nacionalistas–, ¿hubiésemos ido a un referéndum en el que votaría todo el espectro político desde el PSOE hasta ETA (¡todos juntos!) contra el PP? ETA habría recibido más oxígeno que en toda su historia, al aumentar los apoyos a sus propuestas. Hubiéramos entrado en una crisis estructural, una ruptura democrática sería. Y sin que hubiese compromiso de desaparición de ETA: ¿para qué iba a hacerlo, ahora que le crecían los sustentos?

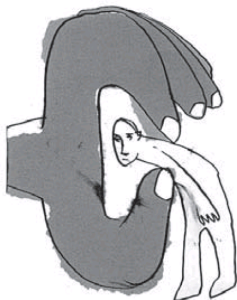
Esto lleva a la mayor tara de aquella ‘negociación’. En ningún momento el relato sugiere que hablasen en nombre del Estado, sólo de un Gobierno de partido. En su versión, los demás –policías, jueces, sectores recelosos– aparecen como obstáculos indeseables para el consenso ETA-Gobierno. No como parte del Estado que negociaba. Esta concepción sectaria estuvo presente desde el primer momento. El reproche que lanzó Zapatero a Rajoy

en las Cortes al no apoyar el PP la negociación con ETA resulta aún incomprensible: «Ustedes nos llevaron con mentiras a una guerra [...] y ahora quieren poner mentiras en la expectativa de una paz tan necesaria y deseada como difícil». ¿El PP era el principal obstáculo para la paz? Sugiere que ZP admitía acuerdos con el terrorismo contra el otro partido de poder.

Y bajo ningún concepto puede entenderse que hubiera negociaciones tras el atentado de la T-4. Por si fuera poco, quizás la decisión de continuarlas se tomó enseguida, incluso antes de solicitarlo ETA, la versión que se sostiene. El 11 de enero, doce días después del atentado, ZP lo llamó «accidente». Se dijo que fue un lapsus, pero ahora sabemos –lo declararon ante el juez participes en el proceso– que la negociación había creado un argot. En él, «accidente eran aquellos incidentes que producen tensión en el proceso, pero que no eran responsabilidad de ninguna de las partes». Resulta verosímil que aquel calificativo tan raro, accidente, tuviera sentido para ETA: que el Gobierno estaba dispuesto a seguir.

Todo esto es de locos. Lejos de acelerar el fin de ETA se le dio aire, al entrar en el juego de sus conceptos negociadores. Y aquí viene el corolario. ¿Han seguido las negociaciones? ¿El «cese definitivo» tiene contrapartidas que desconocemos? ¿Si no las obtenien podrán culpar a los demás de que lo definitivo no sea definitivo?

El alarmante relato de la negociación de 2006-2007 suscita la idea de que estamos en la paz de ETA. Se intuyen sus límites.



•• JOSE IBARROLA